

XIV

La profecía de Jolibois se había cumplido; la república acababa de proclamarse, y los decretos del gobierno provisional caían como el granizo. Uno de estos chubascos había alcanzado á la casa Levrault: la abolición de los títulos y la de la Cámara de los pares.

Semejante golpe fué muy rudo para Gaston, el cual se había prometido desquitarse con su mujer haciéndola marquesa; al presente, sin embargo, hallábase para con ella en la misma situación que un deudor insolvente con un acreedor apremiante. Cierto que el decreto aboliendo los títulos no tenía para él ningun valor, por cuanto sabía muy bien que un rasgo de pluma no basta para borrar lo pasado, y se hallaba íntimamente convencido

de que lo mismo valia un día antes que un día después; pero conocia la pueril vanidad de Laura y sentia por tanto que esta se viese defraudada en sus esperanzas. Laura se había casado con Gaston por tener un título y una corona de marquesa, y al presente que la corona estaba rota y el título desgarrado, podia creer que había sido víctima de un contrato doloso. La hija del ex-merca-ler, sin embargo, no había proferido a'guna queja. ¿Con qué justicia hubiera podido dirigírsela á su marido? ¿Qué culpa tenia este de los acontecimientos consumados? Gaston, empero, adivinaba perfectamente lo que pasaba en el corazón de su esposa.

Al leer M. Levrault el decreto que abolia la Cámara de los pares, se consideró como despojado, y se encerró todo un día en su aposento para medir á sus anchas la profundidad del abismo en que acababan de sumergirse todas sus esperanzas. El pobre hombre contemplaba con tristeza sus escudos, fruto de meditaciones tan laboriosas, y los cuales pensaba orlar con una corona de conde; recordaba melancólicamente á aquel Mirabeau que debía enseñarle la elocuencia, y sobre todo, aquella magnífica casaca bordada que debía figurar en las cuadrillas de las Tullerías. Pero ¡oh dolor! nada ya de título, nada de corte, nada de alta Cámara: su yerno se había presentado en bancarrota.

La marquesa se despertaba cada día mas exasperada que la víspera, echaba pestes contra el mundo entero, y no hablaba de otra cosa que de partir á Frohsdorf ó de ir á sublevar la Vendée. Su primer pensamiento habia sido largarse á la Rochelandier; pero Gaston, que no participaba de los locos terrores de su madre, legró retenerla.

Con lo dicho basta para que el lector pueda formarse una idea de la intimidad de estos cuatro personajes, reunidos bajo un mismo techo. A cada paso se entablaba una nueva discusión, ó sea una nueva querella. M. Levrault habia cerrado las puertas de sus salones á todas aquellas personas que podian comprometerle, y se vengaba de su desacomodo en Gaston y en la marquesa, diciendo que los títulos no eran más que papeles mojados, y tarareando la *Marsellesa* cuando se paseaba por el salón. El bueno del ex-mercader, que pocos días antes tenia la boca llena de condes, marqueses, duques y príncipes, ya no reconocia otro título que el de ciudadano. Todas las noches se separaban despues de escopetearse con amargos sarcasmos, y á pesar de todo, un sentimiento de comun inquietud los reunia á la mañana siguiente.

El herido recogido por M. Levrault, lejos de mostrarse agradecido, no hablaba otra cosa que de ódios y rencores, habia tomado una actitud hos-

til, y solo aguardaba á curarse para abandonar la casa.

En vano habia procurado el ex-mercader, considerándolo como el áncora de su esperanza, captarse su voluntad. Solon *Marcha Siempre* (que así eran el nombre y el apodo del herido) se habia mostrado inflexible. La marquesa y su hijo se habian negado obstinadamente á visitar al ciudadano Solon. Mm. de la Rochelandier no habia podido resignarse, á pesar de su miedo, á este acto de condescendencia, y Gaston, que en cualquiera otra circunstancia no habria desdeñado estrecharle la mano, se hubiera ruborizado entonces en asociarse en virtud de semejante paso á la cobardía de su suegro. Los amigos del herido, á quienes M. Levrault habia recibido en su casa como un apéndice de garantía, eran una nueva causa de turbacion y de desórden, por cuanto comian bien, bebian mejor, andaban entrando y saliendo á todas horas, y atronaban la casa con sus gritos. Indignado Gaston de oírlos, habia manifestado deseos de echarlos de casa; pero M. Levrault declaró enérgicamente que no consentiria jamás en ello. Un día, al salir el sol, alborotóse toda la casa con el estruendo de los tiros de fusil que sonaban dentro de ella: los amigos de Solon acababan de plantar en el patio un árbol de la libertad, adornado con cintas, y en cuya cima se veia una bandera trico-

lor con un gorro encarnado en la punta de la lanza. Asustado M. Levrault más que ninguno, bajó al patio para trinchar con ellos, y por la misma causa empleaba la mayor parte de los días en vagar de plaza en plaza, confundándose en los grupos y escuchando con atención profunda á los infinitos oradores que se degañitaban al aire libre. Había olvidado las Tullerías por el Hotel-de-Ville, y un iman invencible le atraía hácia el cuartel general de la revolucion.

Su entusiasmo estrepitoso é infatigable, al propio tiempo que los puñidos de oro que repartía entre los obreros, le habian hecho adquirir al cabo de algunos días cierta popularidad. En el momento mismo que se presentaba á ellos oía pronunciar el nombre de Guillermo Levrault. Sus gruesos zapatos claveteados con tachuelas, sus medias alagartadas, su pantalon de pana con franja á los costados, su chaleco de paño encarnado y su casaca azul con botones de metal, le daban el aspecto de un contraamaestre eadomingado, y hacian que todos fijasen en él la atención. Jamás pasaba al lado de un cepillo destinado á las limosnas para los heridos sin lanzar en él unas cuantas monedas de cobre. Su lenguaje exaltado, al mismo tiempo que le conciliaba las simpatías de su auditorio, sonaba terriblemente á sus propios oídos. Sus palabras, repetidas por los parásitos como otros

tantos ecos, le parecian amenazas espantosas. Después de haber declarado contra los ricos de mala especie, contra el egoismo de los grandes y contra la explotación del hombre por el hombre, regresaba á casa con el corazón yerto de espanto. Esto, no obstante, á la mañana siguiente volvía á mezclarse en las escenas y deliberaciones tomadas en las calles y plazas públicas. Su ambición, la cual debería creerse sepultada bajo las ruinas de la monarquía, fué levantándose poco á poco y cambió de objeto. Nada de trono; nada de cámara alta; ¡maldición sobre los vencidos! Y en efecto, ¿por qué no habia de corresponder á Guillermo Levrault su parte en la victoria?

Hallándose un día paseando por el Boulevard, y cuando más abismado estaba en sus reflexiones, encontróse frente á frente con el vizconde Gaspar de Montflanquin, á quien la abolición de la prisión por deudas habia devuelto la libertad. El vizconde se acercó con aire triunfante al ex-mercader y con los mismos modales que hubiera podido usar un protector para con su protegido. Su semblante respiraba orgullo y contento.

—¿A dónde bueno, mi querido señor Levrault? le dijo: ¿Qué se hace V.? si no me equivoco, lo que está ocurriendo se halla muy distante de lo que V. esperaba. Cierto que si M. de Chambord volviese á Francia, no habria cosa que no pudiera

conseguir por medio de su yerno; pero parece que ahora no sopla el viento de ese lado. ¿Le habría hecho á V. por ventura la república algun flaco servicio? En cuanto á mí, no tengo, á Dios gracias, de qué quejarme, puesto que me ha hecho justicia. Me alegro infinito de haberlo encontrado á V. para despedirme: mañana parto de París; he sido nombrado cónsul general en Oceanía.

—¡Cónsul general! exclamó Mr. Levrault; pero ¿qué títulos ha alegado V. para conseguir ese puesto importante?

—El principal y el mejor de todos: el de preso político. Hallábame gimiendo en los calabozos de la monarquía, cuando sonó la hora de la libertad. La república me debía una reparacion que metiera ruido, y la he logrado: mi nombramiento fué firmado ayer tarde. Ya supondrá V. que mi ánimo no es quedarme estancado en ese destino. La Oceanía no es para mí más que un escabel.... Mas véome precisado á dejarle, señor Levrault; mañana marchó; ¡tengo tantos asuntos que arreglar! Si la alianza que V. ha contraído con la casa La Rochelandier le produjese algun disgusto, como es de esperar, no se olvide de que en el consulado general de Oceanía tiene un asilo seguro.

Y así diciendo, el vizconde Montflanquin hizo una pirueta y se alejó más que de prisa. Mr. Levrault quedó por el pronto clavado en su sitio y

sin pestañear de sorpresa. Consternado, humillado y lleno de vergüenza, echó á andar hácia su casa; al llegar á la calle de Grenelle, fué saludado por maese Jolibois.

—¡Pardiez! me alegro encontrarle á V., le dijo este tocándole sobre el hombro, porque tengo que darle un aviso. Dígaes V. á los La Rochelandier, que si vuelven á su palomar de Bretaña procuren andar derechos, porque yo, Estéban Jolibois, comisario general de la república en los departamentos del Oeste, estoy decidido á no perdonarles nada.

—¡Comisario general de la república! exclamó Mr. Levrault estupefacto: ¿conque, es decir, mi querido Jolibois, que ya lo tenemos á V. hecho todo un prefecto, ó cosa parecida?

—¿Yo prefecto? ¡Bah! Dictador, todo un Dictador, amigo mio; ni más ni menos. Mis poderes son ilimitados; no tengo que responder de mis acciones á nadie más que á mi conciencia. A mi llegada quedarán suspensas ó destituidas todas las autoridades. Las provincias que la república me confia, no tienen otras leyes que mi sola voluntad. La magistratura y el ejército están á mi disposicion. Si se le escapa á V. una palabra, un gesto contra la democracia, de una plumada lo mando á la cárcel á él, á su yerno y á todo fiel cristiano. Yo soy la ley viva, los tribunales nada tienen que ver en lo

que yo resuelva. De consiguiente, repito á V., mi querido Levrault, que tanto V. como todos los suyos procuren andar en un pié. Ya conoce V. desde tiempo hace la inflexibilidad de mis principios; á pesar de la amistad que nos une, jamás faltaré á mi deber.

—Los principios de V. y los míos, Sr. Jolibois, todos son unos. Las últimas faltas de la monarquía han acabado por descorrer la venda que cubría mis ojos. ¡Qué feliz es V. en poder servir á la República! ¡Qué gloria la suya! ¡Cuánto se la envidio!

—Usted lo ha querido, y de consiguiente con su pan se lo coma; se empeñó en tener por yerno á un marqués, y ahora recoge el fruto. Por lo demás, mi querido Levrault, siempre encontrará usted en mí un fiel amigo. Dentro de dos días parto; si puedo servirle de alguna cosa, recurra V. á mí; ahí van mis señas.

Y así diciendo, Jolibois se despidió del ex-fabricante, y este regresó á su casa, entregado á las más tristes reflexiones. De los dos yernos que había desechado, el uno era cónsul general en la Oceanía y el otro comisario general de la República. El que había escogido, lejos de poder servir para su engrandecimiento, era más bien un obstáculo. Por este motivo no pudo menos de mostrarse de un humor pésimo aquella noche con la marquesa, Gaston y Laura.

—¡Ahi tiene V.! decía á la marquesa: el vizconde de Montflanquin, de quien tan sin piedad murmuraba, se halla en camino de ser el día ménos pensado embajador en Viena; y lo mismo digo á usted respecto á Jolibois, á quien se empeñó en que le cerrara las puertas de mi casa á pretexto de que era un San-Culotte. Por de pronto, ya es el primero cónsul general en Oceanía y el segundo comisario general de la República.

—¡Pues no cabe duda, repuso la marquesa, en que el Gobierno ha hecho un par de elecciones acertadas!

—Que las elecciones sean malas ó buenas, lo cierto es que ambos tienen buenos empleos, y que esto vale más que el cruzarse de brazos.

—Se equivoca V., caballero, replicó Gaston; más vale condenarse á la inacción que obtener puestos importantes por una cobardía. Además, que en estos tiempos á cada cual le está designada la senda que debe seguir. Para servir á la Francia no hay necesidad de entregarse á la República.

—La Francia y la república, yerno mio, repuso secamente Mr. Levrault, no son más que una misma cosa.

—Sepa V. caballero, dijo altivamente la marquesa, que la Francia de San Luis no es la Francia de Robespierre.

—Respeto las preocupaciones de V., señora, dijo Mr. Levrault con un acento de piedad generosa, pero, á Dios gracias, no participo de ellas.

Al ver empeñada la trifulca tomó, como de ordinario, el partido de retirarse. Así que Mr. Levrault y la marquesa se quedaron solos, dieron libre curso á sus recriminaciones, y en vano procuró Laura apaciguarlos. La disputa iba envenenándose cada vez más, y ya se disponían á pasar del epigrama á las invectivas, cuando el canto de la Marsellesa, entonado en la calle por más de treinta voces, hizo callar á uno y á otro; el miedo los había puesto en armonía.

Antes de regresar á su aposento, M. Levrault fué á hacer una visita al ciudadano Solon, á quien no había visto en toda la mañana. El herido estaba arrimado á la chimenea, con los piés sobre los morillos, y fumando su pipa.

¡Qué tal! ¿seguís bien, ciudadano Solon? le preguntó el ex-fabricante con voz afectuosa; ¿echais de menos alguna cosa? ¿os vais aclimatando ya á vivir bajo el techo de Guillermo Levrault?

—Ciudadano, repuso con áspero acento Solon; dentro de pocos días espero hallarme completamente restablecido, y abandonar vuestra casa, que no se ha hecho para mí. No diré que no se me haya cuidado bien; pero Solon no debe dormir bajo el mismo techo que un marqués.

—Aquí no hay marqués que valga, amigo mío: ya sabe V.... es decir, ya sabéis, ciudadano Solon, que los grandes patriotas que se reúnen en el Hotel de Ville han arrojado al fuego todos los pergaminos. Pero aun cuando así no fuese, ¿qué debe importaros mi yerno? ¿No os hallais en mi casa, esto es, en la de Guillermo Levrault, tejedor de lana, y tan obrero como vos ú otro cualquiera?

—Pues para ser un obrero, no estais del todo mal alojado. Se conoce que habeis pescado buenos tiempos y un amo que os diese una parte decente en sus beneficios. ¿Habeis comprado por ventura esta casa con lo que rezaba vuestra libreta de la cajade ahorros? Vamos, vamos, lo que es Solon no se duerme arrullado por semejantes consejos. Demasiado bien sé yo donde me hallo. Vos sois un fabricante y vuestro yerno un aristócrata. De consiguiente, así que mi herida se halle cerrada del todo, iré en busca de mis hermanos. Aquí no estoy en mi sitio. Yo aborrezco la riqueza, pero no soy ingrato: para daros, pues, una prueba de mi reconocimiento, olvidaré el camino de esta casa. Mis camaradas no permanecen en ella con otro objeto que con el de hacerme compañía; partiremos juntos.

—¡Partir! ¿por qué, ciudadano? ¿no os hallais aquí como en vuestra propia casa? ¿No estais viviendo con un hermano?

— ¡A mí con esas! ¿Me tenéis acaso por sordo y ciego? ¿Creeis que no veo ni oigo lo que pasa en torno mi? ¿Me consideran también como un hermano vuestra hija, vuestro yerno y su madre? Estoy seguro que tienen fuertes ganas de perderme de vista; pero en cambio, su placer en verme partir no será mayor que el que yo siento en largarme.

En vano se deshacía el ex-fabricante en protestas de republicanismo; Solon respondía únicamente con un gruñido sordo, y le echaba á la cara bocanadas de humo de pipa. El bueno de M. Levrault procuró aguantar cuanto pudo, á trueque de no pasar plaza de aristócrata; pero al verse envuelto en una nube, y conociendo que su larínge iba á hacerle traición, tocó retirada.

Al meterse en el lecho repasó en su memoria las impresiones todas que recibiera durante el día, y el ciudadano Solon, que era quien, á su juicio, debía protegerle y salvarle, le llenaba de espanto por el amargo lenguaje con que se expresaba. Un sueño terrible vino á aumentar la angustia de M. Levrault. Soñaba nuestro hombre que una turba de furiosos había invadido la casa, llevando en sus manos la tea del incendio, y que Solon, en vez de rechazarlos, iba conduciéndolos de habitación en habitación, animándolos al pillaje, participando del botín, y excitándolos, por último, á

que prendiesen fuego á la casa por todos cuatro costados. Figurábasele además estar viendo sucesivamente que Laura y la marquesa, con el cabello suelto y á medio vestir, sa'taban de cuatro en cuatro los escalones, huyendo de las llamas; que Gaston, armado hasta los dientes, las precedía; que el árbol de la libertad, plantado en el patio de su propia casa se trasformaba en una horca de gigantescas proporciones; que la bandera colocada sobre él se venia á tierra, dejando en descubierto á Solon con una cuerda en la mano; que la marquesa, Laura y Gaston se hallaban ya en la eternidad, y que los tinantes que habían saqueado su casa danzaban encima de la horca como un corro de caribes; que á su vez le había tocado á él el turno; que Solon le echaba al cuello el nudo escuarrizado.... y en este momento supremo despertó lleno de sobresalto y bañado en un sudor frío. Su primer ademán fué echarse mano al cuello, y dió muchas gracias á Dios de encontrarse sano y salvo en su cama. Acto continuo encendió una bujía y se puso á pensar en el partido que podría convenirle mejor para salvar su vida y su fortuna. Por otra parte, su encuentro con Montfauquin y Jolibois había sobreescitado su ambición. Ninguna duda le cupo, por tanto, de que era preciso decidirse á servir á la república á la faz del mundo. Recordando entonces las ofertas que le había hecho

Jolibois, resolvió ir á buscarle al despuntar el día.

En efecto, apenas asomó la luz, cuando M. Levrault saltó del lecho, y despues de vestirse se echó á la calle. Al entrar en casa de Jolibois encontró la antecámara y el salon poblados de pretendientes. Un criado le preguntó el nombre, y al cabo de una hora de antesala, fué admitido á presencia de aquel.

—Dígame V. en dos palabras lo que quiere, dijo el comisario general al ex fabricante, al verle asomar á su despacho.—Tengo tasado el tiempo, mi querido M. Levrault, y de consiguiente...

—Toda la noche, repuso el padre de Laura, he estado pensando en nuestra conversacion de ayer. Estoy, pues, decidido á servir á la república, y vengo á que hable V. por mí. Jamás pedí nada al gobierno caido, cuya política he desaprobado siempre. Si V. no es mi yerno, mi hija tiene la culpa; en cuanto á mí asegúrole á V. que me hubiera complacido en extremo que fuese el marido de mi hija. Nuestra fé y nuestros principios políticos en nada se diferencian: la república corresponde á todas mis esperanzas. Mi dicha mayor será poder consagrar á su servicio mi fortuna y mi vida.

—Excelentes sentimientos son esos, M. Levrault; mas ¿qué méritos cuenta V. para entrar al servicio de la república? Veamos: ¿ha estado usted

preso? ¿ha conspirado V.? ¿combatió en el claustro de Saint Merry? ¿ha jurado sobre un puñal la muerte de todos los reyes?

M. Levrault se quedó como aplanado bajo esta granizada de preguntas.

—Ya comprenderá V., prosiguió Jolibois recreándose con la turbacion del ex-mercader, que la república debe exigirle garantías antes de confiarle el manejo de sus intereses. ¿Ha sufrido usted por nuestra santa causa?

—¡Ay! respondió M. Levrault con aire consternado: jamás he sufrido ni combatido por la república, pero estoy resuelto á servirla.

—Ya sé la conducta que V. ha tenido despues de la caida del tirano; me consta que ha recogido V. en su casa un herido y que lo ha cuidado bien; pero eso no basta. Su nombre no figura en mi lista de los donativos patrióticos. ¿Por ventura ha dejado V. de suscribirse para los heridos del mes de Febrero?

—Todavía no me he suscrito, respondió el ex-mercader lleno de confusion.

—Pues si V. quiere que le recomiende, amigo mio, es preciso que su nombre figure mañana en el *Moniteur* y en el primer tercio de la lista de donativos. No olvide V. que tiene graves culpas; que vive en el barrio de San German; que está aliado con los la Rochelandier, y que se ha enri-



quecido á costa de sus operarios. Ya es tiempo de que restituya V. al pueblo una parte de lo que le ha quitado.

—Yo no he quitado nada al pueblo, repuso monsieur Levrault; más para aliviar sus privaciones, estoy dispuesto á hacer cualquier sacrificio.

—Oiga V., prosiguió Jolibois con acento paternal; M. de Rothschild se ha suscrito por valor de diez mil francos; es un extranjero y no era más que baron.

—Pero yo no soy nada, replicó M. Levrault con orgullo; yo he despreciado constantemente los títulos.

—¿Y su yerno no era marqués? Repito á V., mi querido Levrault, que tiene mucho que perdonar. Lleve, pues, su vajilla de plata al Eliseo, suscribase generosamente para los mártires de la libertad, y vuelva á verme mañana. El gobierno provisional nada me niega: cuente V. conmigo; con tal de que se porte bien, me comprometo á proporcionarle á su eleccion un alto puesto administrativo ó dip'omático.

—Mi eleccion ya está hecha, querido Jolibois, repuso M. Levrault con alegre semblante. En todos tiempos me he sentido con grandes disposiciones para la diplomacia.

—Paes bien, será V. servido á medida de su gusto, dijo Jolibois.

Aquel mismo dia llevó M. Levrault su vajilla de plata al Eliseo, y entregó veinte mil francos en la caja de los heridos de Febrero. A la siguiente mañana apareció inscrita esta doble ofrenda en las columnas del *Moniteur*.